

NO ECOLOGÍA AMBIENTAL, SINO ECOLOGÍA INTEGRAL

ENTENDER QUE TODO ESTÁ INTER-RELACIONADO Y QUE SOMOS PARTE DE ESE TODO

LEONARDO BOFF

servicioskoinonia.org/boff

El Papa Francisco ha realizado un enorme cambio en el discurso ecológico al pasar de la ecología *ambiental* a la ecología *integral*. Ésta incluye la ecología político-social, la mental, la cultural, la educacional, la ética y la espiritualidad. Existe el peligro de que esta visión integral sea asimilada dentro del discurso ambiental habitual, no dándonos cuenta de que todas las cosas, saberes e instancias están interligadas. Por ejemplo: el calentamiento global tiene que ver con la furia industrialista; la pobreza de buena parte de la humanidad está relacionada con el modo de producción, distribución y consumo; la violencia contra la Tierra y los ecosistemas deriva del paradigma de dominación que está en la base de nuestra civilización dominante desde hace ya cuatro siglos; y el antropocentrismo es consecuencia de la ilusión de que somos dueños de las cosas y que éstas sólo tienen sentido en la medida en que nos sirven.

¿Cómo superar esa ruta peligrosa? El Papa responde: «con un cambio de rumbo», y con la disposición a «delinear grandes caminos de diálogo que nos ayuden a salir de la *espiral de autodestrucción* en la que *nos estamos hundiendo*» (Laudato Si' 163). Si no hacemos nada, estamos yendo a lo peor.

Pero el Papa confía en la capacidad creativa de los seres humanos, que juntos podrán formular el gran ideal: «un solo mundo en un proyecto común» (164). Bien distinta es la visión imperante e imperial presente en la mente de quienes controlan las finanzas y los rumbos de las políticas mundiales: «un solo mundo y un solo imperio» (la globalización).

El Papa propone la ecología «integral». Y le da el fundamento correcto: «Dado que todo está íntimamente relacionado, y que los problemas actuales requieren una mirada que tenga en cuenta todos los factores de la crisis mundial, propongo que nos detengamos a pensar en los distintos aspectos de una ecología *integral*, que incorpore claramente las dimensiones humanas y sociales» (137).

El presupuesto teórico se deriva de la nueva cosmología, de la física cuántica, de la nueva biología,

en una palabra, del nuevo paradigma contemporáneo que implica la *teoría de la complejidad y del caos* (destrutivo y generativo). En esa visión, lo repetía uno de los fundadores de la física cuántica, Werner Heisenberg: «*todo tiene que ver con todo, en todos los puntos, y en todos los momentos; todo es relación, y nada existe fuera de la relación*».

Esta lectura la repite el Papa innumerables veces, formando el *tonus firmus* de sus exposiciones. Seguramente la más bella y poética de las formulaciones la encontramos en el n° 92: «Todo está relacionado, y todos los seres humanos estamos juntos como hermanos y hermanas en una maravillosa peregrinación, entrelazados por el amor que Dios tiene a cada una de sus criaturas y que nos une también, con tierno cariño, al hermano Sol, a la hermana Luna, al hermano río y a la madre Tierra».

Esa visión existe desde hace ya casi un siglo, pero no ha conseguido imponerse ni en la política ni en la orientación de los problemas sociales y humanos. Seguimos siendo rehenes del viejo paradigma, que aísla los problemas y busca una solución aislada para cada uno de ellos, sin darse cuenta de que esa solución puede ser dañina para los demás problemas. Por ejemplo, tratar la infertilidad de los suelos con nutrientes químicos que penetran en la tierra y alcanzan el nivel freático de los acuíferos envenenándolos es contraproducente y contradictorio.

La encíclica puede servir como una herramienta educativa para ayudar a asumir esta *visión inclusiva e integral*. Por ejemplo: «Cuando se habla de *medio ambiente*, se indica una relación, la que existe entre la naturaleza y la sociedad que la habita; ello nos impide entender la naturaleza como algo separado de nosotros, o como un mero marco de nuestra vida; nosotros estamos incluidos en la naturaleza, somos parte de ella» (139).

Si todo es relación, entonces la salud humana depende de la salud de la Tierra y de los ecosistemas. Todas las instancias se entrelazan para bien o para mal. Esta es la visión de la ecología integral. ▣

SENTIR CON EL CORAZÓN Y VIVIR A TRAVÉS DEL ALMA

UNA INTELIGENCIA SENSIBLE Y CORDIAL, Y UNA INTELIGENCIA ESPIRITUAL, TAMBIÉN ECOLÓGICAS

LEONARDO BOFF

servicioskoinonia.org/boff

El tiempo corre contra nosotros y urge la necesidad del cambio de mentalidad. Todos los saberes deben ser *ecologizados*, es decir, puestos en relación unos con otros y orientados hacia el bien de «la Comunidad de vida». Igualmente, todas las tradiciones espirituales y religiosas están llamadas a hacer que la conciencia de la humanidad despierte a su misión de ser la cuidadora de esta herencia sagrada recibida del universo y del Creador que es la Tierra viva, el único hogar que tenemos para vivir. Junto con la inteligencia intelectual debe venir la *inteligencia sensible y cordial* y sobre todo la *inteligencia espiritual*.

Una notable contribución proviene del conocido psicoanalista Karl Gustav Jung (1875-1961), que en su psicología analítica concede gran importancia a la sensibilidad, y que sometió a duras críticas el cientificismo moderno. Para él, la psicología no reconoce fronteras entre cosmos y vida, entre la biología y el espíritu, entre el cuerpo y la mente, entre lo consciente y lo inconsciente, entre individual y colectivo. La psicología tiene que ver con la vida en su totalidad, en su dimensión racional e irracional, simbólica y virtual, individual y social, terrenal y cósmica, y con sus aspectos sombríos y luminosos.

Supo articular todos los saberes disponibles, descubriendo conexiones ocultas que revelaban dimensiones sorprendentes de la realidad. Es conocido el diálogo que Jung mantuvo en 1924-1925 con un indígena de la tribu *Pueblo* en Nuevo México (EEUU). Este indígena creía que los blancos estaban locos. Jung le preguntó por qué lo creía así. Y el indígena le respondió: «Dicen que piensan con la cabeza». «Pues claro que piensan con la cabeza», respondió Jung, «¿cómo piensan ustedes?». El indígena, sorprendido, respondió: «Nosotros pensamos aquí», y señaló el corazón (*Recuerdos, sueños, pensamientos*, p. 233). Este hecho transformó el pensamiento de Jung: entendió que el hombre moderno había conquistado el mundo con la cabeza, pero había perdido

la capacidad de *pensar y de sentir con el corazón y de vivir a través del alma*.

Por supuesto que no se trata de abdicar de la razón –lo cual sería una pérdida para todos– sino de *rechazar la limitación de su capacidad de comprender*. Hay que tener en cuenta lo sensible y lo cordial como elementos centrales del acto de conocimiento. Permiten captar valores y sentidos presentes en la profundidad del sentido común. La mente siempre está inmersa en un cuerpo; por eso está siempre impregnada de sensibilidad, y no sólo cerebralizada.

En sus *Memorias*, dice Jung: «hay tantas cosas que me llenan: las plantas, los animales, las nubes, el día, la noche y lo eterno, presente en los hombres. Cuanto más inseguro de mí mismo me siento, más crece en mí el sentimiento de mi *parentesco con el todo*» (p. 361).

El drama del ser humano actual es haber perdido la capacidad de vivir un *sentimiento de pertenencia*, algo que las religiones siempre garantizaron. Lo que se opone a la religión no es el ateísmo o la negación de la divinidad. Lo que se opone es la incapacidad de *ligarse y religarse con todas las cosas*. Hoy las personas están *desarraigadas*, desconectadas de la Tierra y del *ánima*, que es la expresión de la *sensibilidad* y de la *espiritualidad*.

Si no rescatamos hoy la *razón sensible*, que es una dimensión esencial del alma, difícilmente llegaremos a respetar el valor intrínseco de cada ser, a amar la Madre Tierra con todos sus ecosistemas, y a vivir la compasión con los sufridores de la naturaleza y de la humanidad.

El Papa cita en el conmovedor final de la «Carta de la Tierra», que resume bien la esperanza que deposita en Dios y en el empeño de los seres humanos: «Que nuestro tiempo sea recordado por el despertar de una nueva reverencia ante la vida, por la decisión definitiva de alcanzar la sostenibilidad, por la intensificación de la lucha por la justicia y la paz, y por la alegre celebración de la vida» (nº 207).